

Miguel de Cervantes

GIOVANNI PAPINI

Por Giovanni Papini

El 23 de abril de 1616, en la calle del León, de Madrid, murió don Miguel de Cervantes Saavedra, después de haber recibido los sacramentos del licenciado Francisco López.

Moría un desgraciado; célebre por haber escrito la historia de un desgraciado.

Era un pobre hombre y, sobre todo, un hombre pobre.

Hombre recto y sabio, en el fondo, su vida fue trabajosa y sospechosa. De joven, por haber herido a uno, se vio obligado a huir de España, estuvo varias veces en la cárcel por irregularidades contables –estaba al servicio de un intendente militar– y, ya viejo, fue acusado, junto con algunos parientes suyos, de complicidad en un asesinato. Su destino, más que romántico, fue deplorable y humillante.

Pero hoy, día de recuerdos y de tristezas para España y para todos los continentes donde el héroe vive todavía, querido y burlado, no hablaré de su vida, trabajosa y errante, de sus aventuras novelescas y judiciales. No porque me falte lo que se llama preparación y competencia –pues he gastado más de tres años de mi más verde juventud en el estudio de la literatura castellana–, sino porque hoy, menos joven en años y menos viejo en cerebro, pienso y creo que hay algo más importante que decir en torno del caballero de la triste figura que las fechas del nacimiento y de la muerte del soldado de Lepanto, del esclavo de Argel y del recluso de Sevilla.

Don Quijote, para nacer, tenía necesidad de Cervantes, pero nosotros, para entender y vivir a Don Quijote, no tenemos necesidad de Cervantes y nos podemos permitir un gran pecado de ingratitud al objeto de llegar lo más pronto posible al corazón del mal comprendido héroe.

Para entendernos, diremos que hay dos Don Quijotes, que tienen en común algunas cosas: el nombre, la patria, las aventuras externas, y determinados parlamentos. Existe el Don Quijote de la novela, de la obra, de la literatura; y el Don Quijote de la vida, del espíritu, de lo eterno. Existe el Don Quijote de Cervantes y el Don Quijote de la Humanidad. Sin el primero, el segundo hubiera existido igualmente, pero con otro nombre. Los dos son grandes, dignos de que se hable de ellos y de que se haga su historia; pero el Don Quijote de la Humanidad supera al Don Quijote de Cervantes, como el árbol que producirá frutos y millones de semillas supera a la única y pequeña semilla de la que nació y tuvo principio.

También el Don Quijote del libro tiene una importancia enorme que los literatos no suelen ser capaces de ver. Por cuanto aparece como la nata y modelo de la novela picaresca que no tiene parangón en la anterior literatura europea, si no es en nuestra novelística de los siglos XIV y XVI, representa también una auténtica revolución literaria que todavía no ha acabado de triunfar. Quienquiera lo haya leído sabe perfectamente bien que no es, como quisiera parecer, una simple sátira en acción contra la fantasía de la poesía caballeresca: Cervantes no era en absoluto contrario a los caballeros antiguos ni a aquellos poemas que narraban sus gestas; el escrutinio de la biblioteca hecho por el Cura y el Barbero nos enseña en cuánta estimación tenía a los mejores de estos poemas que se habían escrito antes de él. Tampoco su alma heroica y aventurera despreciaba, a priori, a aquellos vagabundos armados y enamorados que rondaban por bosques y montañas en busca de bellas gestas que acometer y de bellas mujeres que proteger. Por otra parte, el tipo primitivo del caballero no es tan diverso del bandolero heroico de tiempos más recientes, y los parlamentos de Roque Guinart, en el mismo *Don Quijote*, nos aseguran que Cervantes, como todos los hombres inteligentes de entonces y de después, no sentía ninguna repugnancia radical por los bandidos. El paladín era una especie de bandolero noble y civilizado; el bandolero, un caballero más tosco y menos escrupuloso. Se ha llegado a decir que Cervantes, en lugar de querer destruir incluso la memoria de los libros de caballería, quiso darnos un modelo más perfecto de éstos con su libro, mostrándonos en Don Quijote al verdadero caballero, con todas sus virtudes tradicionales, chocando con la vulgaridad de una época decaída y mercantil.

Tal interpretación es demasiado arriesgada; pero está fuera de duda que Cervantes, más que querer combatir la caballería andante y los libros de caballería, quiso solamente reaccionar contra las degeneraciones grotescas de alguno de esos libros, en especial de los aparecidos más recientemente, los cuales, al haber sido escritos en tiempos demasiado alejados de los heroicos que querían representar, y por personas preocupadas por las viles ganancias, carecían de esa desnuda y robusta sencillez merced a la cual logran salvarse las inverosimilitudes de la imaginación.

El significado del Don Quijote libro es, pues, otro: un significado artístico y, por reflejo, incluso político.

Piénsese en la literatura preponderante en Europa hasta todo el siglo XVI, o sea, hasta la víspera de la aparición de la obra maestra cervantina. Era una literatura, la llamaremos así, prevalentemente clásica y mundana, una literatura hecha para señores y señoras, para los cultos y los delicados, según las recetas, las reglas y los modelos dejados por la antigüedad. La lírica se encontraba todavía entretenida con todas las madrigalerías pirateadas por Petrarca y que habían apestado toda Europa; la poesía caballeresca había caído en los más profundos abismos del ridículo y sólo en Italia había llegado a sonreírse de sí misma con Ariosto y con Pulci; las tragedias y comedias, menos las de Maquiavelo y Aretino, eran copias obstinadas y fastidiosas de Séneca y Plauto; las novelas estaban destinadas a la rica burguesía y a la plebe enguantada de las cortes que aprendían en ellas galanterías y porquerías; y la novela auténtica, la novela moderna, la novela de almas y de costumbres, no existía más que en germen en algún cuentista italiano o en algún picaresco español.

En medio de esa literatura aristocrática y clasiquizante, estalló de repente la bomba del *Don Quijote*. Con *Don Quijote*, el realismo plebeyo se contrapuso a aquel lánguido y artificioso idealismo de las clases superiores, destinado a vencerle definitivamente después de tres siglos de guerra invisible. Con el *Don Quijote*, el naturalismo franco y sano, que no se avergüenza de describir mozas de mesón y campesinos sudados, se estableció en la literatura.

Con él se volvía a la tierra, a la frescura, a lo inmediato, a la vida de los pobres y de los desgraciados, a la santa canalla. El *Don Quijote* es la primera obra maestra de la reacción contra la elegancia, la mundanidad, la futilidad, la irrealidad y la melindrería de los literatos humanistas a la antigua, los cuales, para hacerse perdonar el uso de las lenguas vulgares, escribían con demasiada frecuencia cosas que no sentían en una lengua que no hablaban. El *Don Quijote* introdujo triunfalmente en la literatura universal al pueblo, al verdadero pueblo, a todo el pueblo; es, si me permitís, la epopeya brutal de la plebe castellana, la afirmación triunfante de la realidad en el mundo de la ficción. Aunque el protagonista sea un hidalgo –o por mejor decir, uno de los protagonistas, po
cho Panza es tan protagonista como Don Quijote
supera a veces–, el libro de Cervantes es el libro del
tado, es el mundo de los campesinos, de los meso
los pastores, de los arrieros, de los ladrones y de los
dos. En él se siente olor a ajo y a sudor, olor a tier
bajo; verdaderamente, no es un libro para señoras
tómagos delicados.

¿Quién es el fiel compañero y perpetuo confiden
Quijote? Un villano. ¿Quién es la amada ideal de
jote? Una villana que criba el trigo y monta en borric
escucha con más atención los discursos de Don Qu
cabreros de la montaña y los muleros de la posada

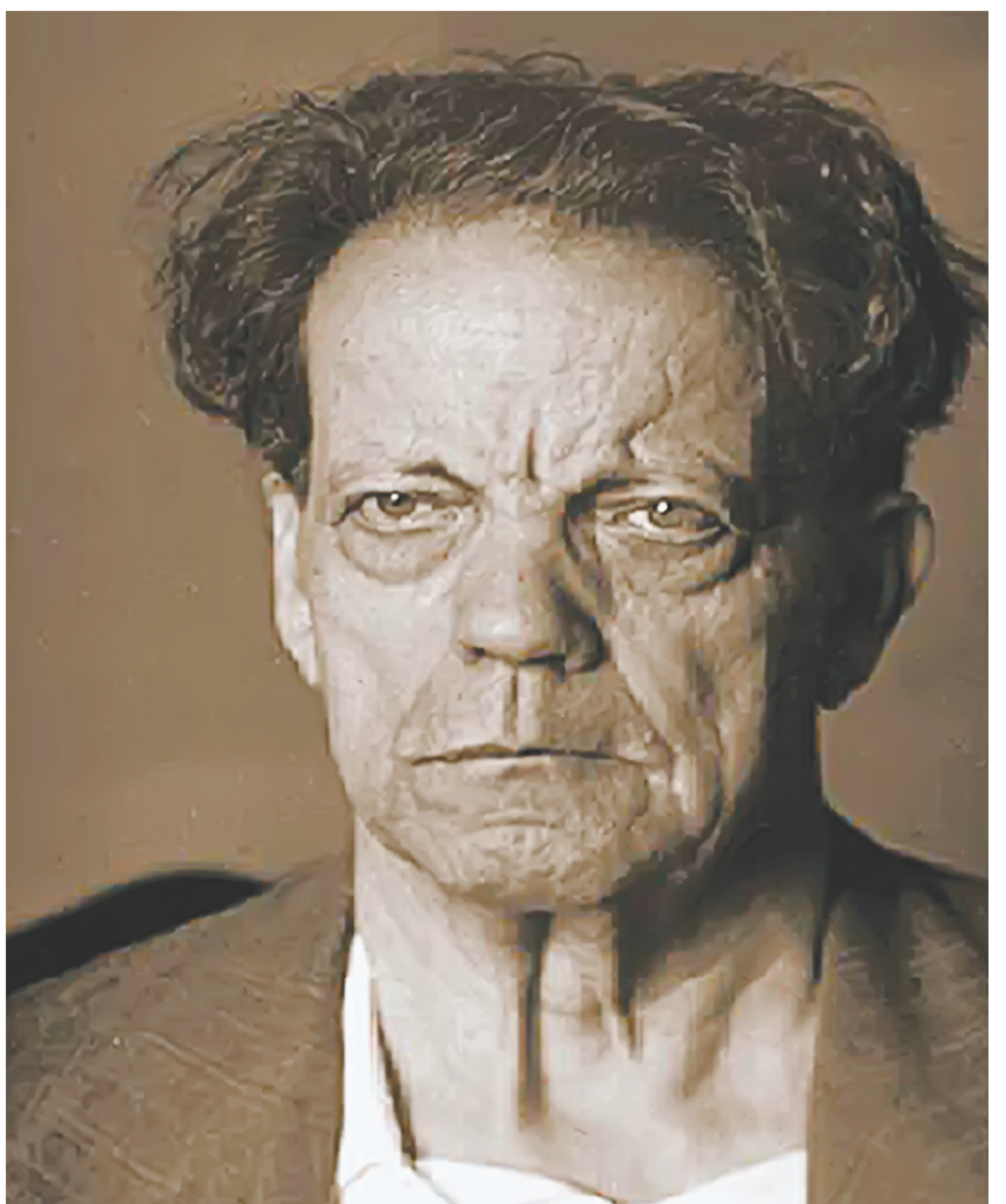
Nos movemos en un mundo perfectamente rea
pular, que no tiene nada que ver con los mundos á
cádicos y pedantes de la mayor parte de los otros
Los pastores de Cervantes no son los petimetres bi
dos de la *Arcadia* de Sannazaro; los campesinos de
jote son auténticos campesinos de La Mancha y no
las páginas de Virgilio o de Teócrito. El mismo Do
te, aunque hidalgo, no tiene una postura aristocr
pretende ser un gran señor. Alterna con gusto con l
habla con la gente más baja y sostiene varias veces
pio, hoy día trivial, pero en aquellos tiempos revolu
de que cada uno es hijo de sus acciones.

No es, fijaos bien, un noble ciudadano, un cab
la capital. Viene de la provincia, de la más escond
milde provincia, de esa santa y bendita provincia
han salido siempre los mayores espíritus de los tien
dernos.

No es la vanidosa capital la que ilumina y calienta
preciadas provincias; sino precisamente las peque
des, los pequeños pueblos, las aldeas perdidas, las r
das ciudades muertas, las que ofrecen y regalan a
sus mejores hijos, las que mandan su sangre más pu
orgulloso corazón central que no sabría latir por sí
Don Quijote hubiera nacido en Madrid, en medio d
pa de la corte y del elegante escepticismo de las c
la generosa locura no se hubiera apoderado de él. L
faltado la soledad propia a los fantasmas, la calma
gimiento, el deseo de leer, la sacrosanta ingenuida
tusiasmo: España hubiera tenido un cortesano má
roe menos.

Observad también que Don Quijote, como el p
frecuenta y ama, es pobre, casi miserable. Tiene qu
tarse todos los días con un pobre almuerzo y una
na, y sólo los domingos puede permitirse el lujo de
palomino a su mesa. Si Don Quijote hubiese sid
vez no hubiera dejado su casa en busca de justicia
ria. La blandura de la vida y la buena mesa le hub
cho gordo, perezoso y cobarde. Para cumplir grand
sas, la barriga sobra. También César, como recor
mía a los hombres delgados y solitarios.

Pero no hay que entender la delgadez de Don Qu
terialísticamente como símbolo y sinónimo de la
ritualidad. Ya ha pasado el tiempo de creer servil y ci
en aquella vieja interpretación que hace de Don Qu
Sancho, del magro caballero y del ignorante escu



orque San-
e, y aun le
l tercer es-
oneros, de
vagabun-
ra y a tra-
ni para es-

te de Don
Don Qui-
o. ¿Quién
ijote? Los
.

lista y po-
ulicos, ar-
escritores.
ien educa-
Don Qui-
o saben de
on Quijo-
ática y no
os pobres,
el princi-
ucionario,

ballero de
dida y hu-
de la cual
mpos mo-

a a las des-
ñas ciuda-
mal llama-
la capital
ura a aquel
mismo. Si
de la pom-
lases altas,
Le hubiera
a del reco-
ad del en-
s y un hé-

ueblo que
ue conten-
escasa ce-
añadir un
o rico, tal
y de glo-
bieran he-
les empre-
daréis, te-

uijote ma-
pura espi-
iegamente
uijote y de
dero, una

de las formas más célebres del contraste entre el espíritu y la carne, entre el alma y la materia, entre el idealismo y el sensualismo. Esa explicación, que se presenta a primera vista a las mentes más simples, es falsa como todas las fórmulas populares. Don Quijote, si lo estudiáis bien, no es el tipo clásico del espiritualista que en el mundo busca solamente la sombra de sus sueños. Si hubiera sido así, se habría quedado tan tranquilo en su habitación, leyendo libros, como todos los ociosos cerebralistas del mundo, o, lo que es peor, pensando escribir un libro más para añadir, a las de los demás, sus fantasías.

Don Quijote, incluso en la plenitud de su locura, no se contenta con divertirse con sus deseos e imaginaciones, sino que quiere firmemente que sus deseos se conviertan en acciones concretas y sus imaginaciones se hagan realidad. Ante todo, es un hombre práctico, un hombre cansado de codiciar con la mente los ideales de justicia y de amor que le ofrece la mística caballeresca y dispuesto a todo con tal de que la justicia y el amor reinen de verdad sobre la tierra, incluso si para ello tuviera que dejar la piel. Es un idealista y un místico; pero, como todos los grandes místicos, como sus compatriotas Santa Teresa y San Ignacio, quiere actuar sobre los hombres, quiere modificar el mundo, quiere construir algo más perfecto. No es un simple soñador, un puro visionario, sino un cuerpo y una voluntad a las órdenes de sus visiones y de sus sueños. Cuando se encuentra en medio de la acción, comete errores ridículos y toma un molino por un gigante, una bacía por un yelmo y un rebaño de ovejas por un ejército; pero se trata de errores de su sensibilidad alentada por un entusiasmo, y no de puras fantasmagorías. Toma una realidad por otra, pero quiere moverse siempre en medio de la realidad, y estos errores, si bien avergüenzan su juicio, en nada perjudican su buena voluntad de hombre de acción. Por otra parte, no son errores tan ridículos como podrían parecer a los lectores más superficiales: marchar contra un molino de viento no es menos peligroso que enfrentarse con un gigante, y tanto es así, que las aspas dejaron un mal recuerdo a Don Quijote; y una manada de animales en fuga no es menos temible que una mesnada de hombres.

Estos errores parciales de apreciación no nos permiten, pues, ver en Don Quijote a un hombre juicioso que viaja con sus buenos dineros en el bolsillo, que se contenta con pan y queso cuando no hay otra cosa, pero que come con gusto buenos manjares cuando los encuentra y que entre sus fines lejanos, y tampoco éstos demasiado idealistas, está el apoderarse de alguna provincia o de alguna ínsula.

Pasando al otro componente de la pareja, tampoco puede decirse con justicia que Sancho Panza represente el cuerpo a secas y la vil materia. Sancho Panza merece ser amigo de su señor porque se le parece bastante más de lo que creen los lectores vulgares. Este hombre que deja casa, mujer, huerta y campo para seguir en sus misteriosas empresas a un loco reconocido, primero con la sola certidumbre del salario, pero después con la esperanza de conquistar un fantástico dominio, no es persona a quien sólo importe lo positivo y terreno. Si sufre las desventuras, los golpes, los trabajos y el hambre por haber creído en las palabras de un exaltado, quiere decir que no es el escéptico que sólo se preocupa de la realidad de los sentidos y de las reglas del sentido común. Para creer a un loco, se precisa un destello de locura; para seguir a un héroe, se requiere un poco de heroísmo.

Tampoco podemos decir que Sancho sea un idiota que cree a su señor por demasiado poca inteligencia, porque al final del libro, después de haber escuchado los razonamientos del hidalgo y del campesino, hemos de reconocer a Sancho una finura y una agudeza de juicio nada ordinarias, y nos da magníficas pruebas de su irónica sabiduría durante su famoso gobierno de la ínsula Barataria. Tanto es así, que su señor le escucha con gusto y con frecuencia le pide consejo; y Sancho, aunque menos exaltado que Don Quijote, acaba por participar en la fe de su señor. También Sancho es, en suma, aunque en menor medida, donquijotesco.

Los dos héroes, en lugar de contraponerse, se encuentran unidos por un amor recíproco y por una fe común.

El verdadero contrario de Don Quijote, el anti Don Quijote por excelencia, es un personaje poco considerado por los comentaristas y que, en cambio, tiene un papel breve, pero importantísimo, en la obra de Cervantes: el bachiller Sansón Carrasco. Este es el tipo del medio sabio, del hombre mediocre y compasivo, no perfectamente ignorante como Sancho, ni tampoco perfectamente iluminado como Don Quijote, que, en su pasión por la sabiduría común, quiere, a toda costa, reducir y desenmascarar la locura de Don Quijote. No tiene ni la fe del carbonero ni la fe del santo; sólo conoce el buen sentido, y para reducir la feliz demencia de Don Quijote a la melancolía desilusionada del buen sentido, recurre a todos los expedientes; se disfraza de caballero andante, vence en singular contienda al heroico loco y le obliga a prometerle que no volverá a empuñar lanza ni espada. Así, el pobre Don Quijote regresa triste y desalentado a su vieja casa, se consume en la rabia y en el lamento y, próximo a la muerte, se convierte estúpidamente a la sabia mediocridad de la vida común, con gran satisfacción de la Sobrina, del Cura, del Barbero y del traidor bachiller. Sansón Carrasco –símbolo siempre vivo de la pequeña burguesía medio instruida y enemiga de cualquier audacia– es el verdadero asesino del alma y del cuerpo del inmortal Don Quijote. El, y no Sancho, representa lo opuesto al valeroso e infortunado buscador de aventuras, y todos los locos, todos los idealistas, todos los héroes, todos los mártires del mundo, deben maldecir, bajo el nombre de Sansón Carrasco, a aquellos que, contra los vuelos del sueño y del genio, levantan las barreras de la prudencia.

Este retrato está incluido en Retratos, *de Giovanni Papini.*
(Editorial Caralt.)

MIGUEL DE CERVANTES X GIOVANNI PAPINI



VERANO12 JUEGOS

CRUCI-CLIP

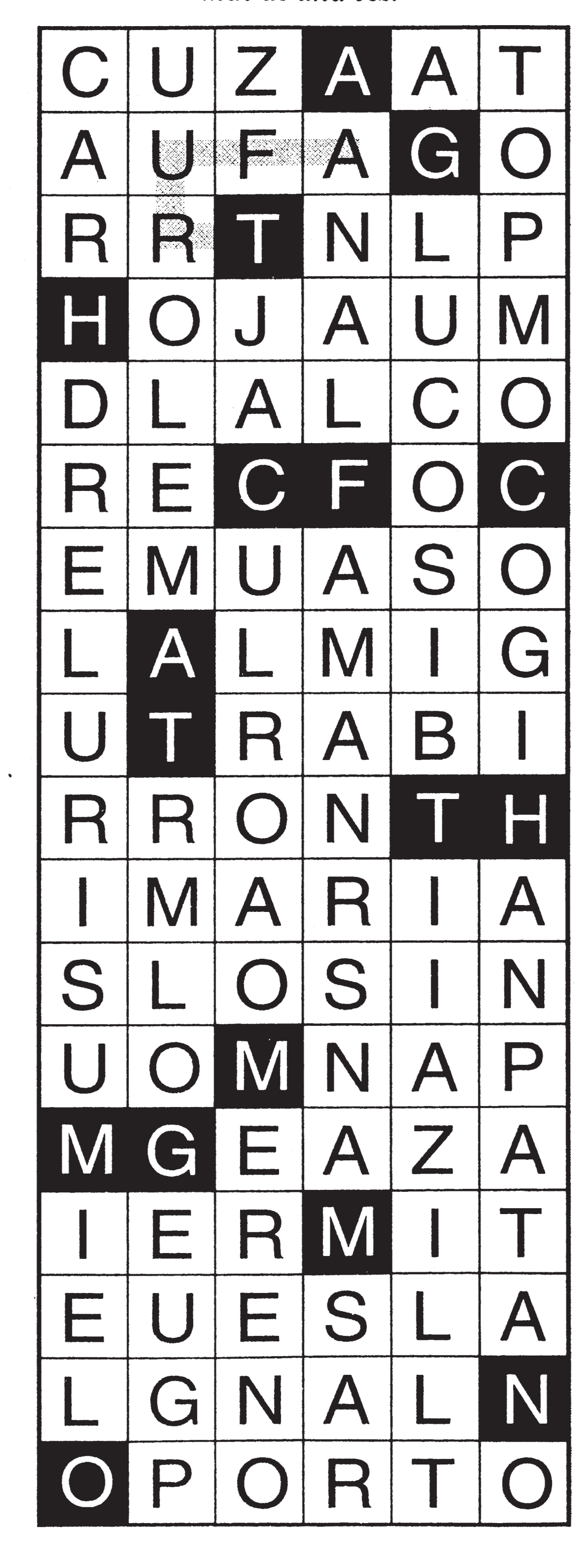
Anote las palabras siguiendo las flechas.

SENO ANGULAR COMPLEMENTARIO / CACOFONÍA DE VOCALES / DE PROPÓSITO, DE INTENTO / EN AMÉRICA, GUISO CON CARNE, CHOCLOS Y ZAPALLOS / PRIMERA LETRA DEL ALFABETO GRIEGO / ORIUNDO DE SIAM / PRENDA DE VESTIR ROMANA / CORRESPONDER UN SONIDO CON OTRO

MANTILLA, PAÑOLETA / PALO EN QUE SE IZA UNA BANDERA / UNO DE LOS CINCO SENTIDOS / EMBROLLOS, ENREDOS / SEPULCRO / POÉTICAMENTE, FIRMAMENTO / QUIEREN MUCHO / PUNTO DONDE SE CRUZAN ONDAS / SIMILAR, ANÁLOGO / PARECIDO A LA FELPA / CASTIGAR / GANSO SALVAJE / MOLUSCO QUE SEGREGA UNA SALIVA PEGAJOSA Y ESPESA / UNAN CON SOGAS / SE ATREVÍA / CIUDAD DE ESPAÑA EN LA PROVINCIA DE SEVILLA / ATRAPAR CON LA AYUDA DEL LAZO / TRATAN CON IODO / ONOMATOPEYA DEL LLANTO INFANTIL / (LAURA) ACTRIZ ITALIANA / BORDES DE ALGUNAS PRENDAS DE VESTIR / CUBIERTA DEL MOTOR DEL AUTOMÓVIL / DECORA, ENGALANA / SUBID LA BANDERA / CAMINO EN DESCENSO / SALÓN DE CLASES / (RAYMOND) SOCIÓLOGO FRANCÉS

BUSQUEDA DE REPOSTERIA

*Rastree cada palabra partiendo de la **inicial** destacada y llevando siempre un **recorrido** horizontal o vertical. No debe quedar **ninguna** casilla por visitar ni se deben visitar **casillas** más de una vez.*



C	U	Z	A	A	T
A	U	F	A	G	O
R	R	T	N	L	P
H	O	J	A	U	M
D	L	A	L	C	O
R	E	C	F	O	C
E	M	U	A	S	O
L	A	L	M	I	G
U	T	R	A	B	I
R	R	O	N	T	H
I	M	A	R	I	A
S	L	O	S	I	N
U	O	M	N	A	P
M	G	E	A	Z	A
I	E	R	M	I	T
E	U	E	S	L	A
L	G	N	A	L	N
O	P	O	R	T	O

SUMADO

Todas las palabras han sido divididas en otras dos, cuyas definiciones se dan en lugar de la definición de la palabra completa.

	1	2	3	4	5	6
1						
2						
3						
4						
5						
6						

HORIZONTALES

1. Dícese del número que es exactamente divisible por dos + Dueño, señor. **2.** En este lugar + Apócope de tanto. **3.** Conozco + Apócope de papá. **4.** Terminación verbal + Muy distraídos. **5.** Entrega + Uno y uno. **6.** Mango + Símbolo del azufre.

VERTICALES

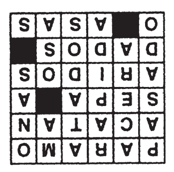
1. Uva seca + Nota musical. **2.** Símbolo del actinio + Epoca, período. **3.** Dios del Sol entre los egipcios + Solicite. **4.** Amarrad + Símbolo del osmio. **5.** En números romanos, mil + Primera vocal./ Símbolo del oxígeno + Sociedad Anónima. **6.** Terminación de aumentativo + Naipe que lleva el número uno.

SOLUCIONES

BUSQUEDA DE REPOSTERIA

AZÚCAR, GLUCOSA, TRUFA, HOJALDRE, CÚMEL, FLAN, COMPOTA, ALMÍBAR, TURRÓN, TIRAMISÚ, HIGO, MERENGUE, MIEL, GOLOSINA, MAZAPÁN, NATILLAS, OPORTO.

SUMADO



P	A	R	A	M	O
A	C	A	T	A	N
S	E	P	A	■	A
A	R	I	D	O	S
D	A	D	O	S	■
O	■	A	S	A	S

CRUCI-CLIP

C	H	A	L	■	A	S	T	A
O	I	D	O	■	L	I	O	S
S	A	R	C	O	F	A	G	O
E	T	E	R	■	A	M	A	N
N	O	D	O	■	■	E	■	A
O	■	E	■	A	N	S	A	R
■	P	■	■	F	■	■	F	■
B	U	A	■	I	■	■	E	■
A	N	T	O	N	E	L	L	I
B	I	E	S	■	C	A	P	O
O	R	N	A	■	I	Z	A	D
S	■	■	B	A	J	A	D	A
A	U	L	A	■	A	R	O	N